

los obstáculos de la sangre y de los respetos humanos. Es un acto de valor, de abnegacion, de verdadera libertad, al cual están vinculados grandes premios, y muy señaladamente el que Jesucristo prometió á los que, por amor suyo, abandonarían á sus padres, hermanos, esposa, etc.; porque realmente se les abandona en cuanto son contrarios á nuestra salvacion.

III. Si los malos ejemplos pierden á las almas, los ejemplos buenos contribuyen poderosamente á salvarlas. De ahí los terribles anatemas de Jesucristo contra los escandalosos; de ahí el precepto de edificar al prójimo por medio de buenas obras, para que sea glorificado el Padre celestial. Con la abjuracion queda Dios glorificado; los hermanos extraviados sienten el aguijon de la duda; los fieles se confirman en sus creencias, y se consuelan al ver que una alma entra en el redil de los verdaderos hijos de Dios, y herederos de la gloria. Muchos son los bienes que produce una sincera abjuracion.

PLAN SEGUNDO.

Muy extraviados andan los hombres sobre las ideas de libertad y de consecuencia. Parece que solo se quiere reconocer al hombre libre cuando se entrega al mal; y solo es considerado como consecuente mientras persiste en el error. Vamos, pues, á demostrar, que el hombre, al abjurar sus errores, muéstrase verdaderamente libre y consecuente.

I. La verdadera libertad no consiste en hacer el mal, sino en practicar el bien. Dios, autor de la libertad, es impecable. No hay verdadera y santa libertad donde no hay el espíritu de Dios. Por tanto, nunca el hombre obra con tanta libertad como cuando rompe las cadenas del error y del vicio para abrazar la verdad y practicar la virtud. Esto hace el hombre que abjura sus errores. Además, las necesidades interiores que siente el hombre no se satisfacen con errores y vicios, sino con la verdad y la virtud; y el hombre nunca queda mas satisfecho, ni es mas libre é independiente, que cuando ha vencido los errores y dominado las pasiones que le esclavizaban.

II. El hombre tiene doble vida, y por lo mismo tiene tambien doble instinto de conservacion: el instinto de la conservacion de su cuerpo, y el de la conservacion de su espíritu. Y ¿qué no hace para conservar su espíritu, su memoria, para immortalizarse? No puede calificarse de inconsecuente el hombre que, aquejado de un mal, prueba todos los remedios hasta dar con el verdadero y eficaz; muy al contrario, obra conforme al instinto de su conservacion. Pues

lo mismo debemos decir del hombre que, aquejado de error, que es mal del espíritu, mal que no le permite vivir tranquilo, busca el remedio eficaz, que es la verdadera Religion. El hombre debe vivir y morir en la religion en que ha nacido, si es la verdadera; pero debe abandonarla lo mas pronto posible si es falsa. El error no puede gozar de los mismos fueros que la verdad; por lo mismo que nos arrastra á la condenacion, debe ser expulsado de los entendimientos y de toda la sociedad. Por tanto, el hombre que abjura sus errores, se pone en el lugar que le corresponde, rechaza lo que debe ser rechazado; condena lo que debe ser condenado; maldice lo que le hacia infeliz. ¿Hay en esto inconsecuencia?

ABNEGACION.

Qui vult venire post me abnegat semetipsum.

Si alguno quiere venir en pos de mí, nieguese á sí mismo. (Matth. xvi, 24.)

Todas las obras de Dios, ménos el hombre, son perfectas en su género, con aquella perfeccion que hace esté dispuesta una cosa para realizar los fines á que se destina. Examinad las plantas: imposible os será describir la delicadeza, sabiduría y admirable mecanismo de sus órganos para la nutricion y produccion de las flores y los frutos. Examinad los animales, y no podreis ménos de admirar su mecanismo, su industria, su propagacion, y de abismaros con placer en la profundidad de las maravillas de Dios. Para llegar á sus fines; qué habilidad en la eleccion de medios! qué precauciones! qué constancia! qué uniformidad! Todos los sabios del mundo no lograrán jamas que las abejas construyan sus panales, y las arañas sus telas mejor que ahora lo hacen.

El hombre, por el contrario, bien que entre las criaturas visibles sea la mas noble que ha formado Dios; bien que esté dotado de esos grandes dones de razon y libertad, que le hacen semejante al Criador; bien que sea tan grande que arranca á los aires las aves y al mar sus peces para su subsistencia, y tan poderoso que mide la grandeza y distancia de los astros, anuncia de antemano sus movimientos, señala fijamente las épocas de sus revoluciones, y llega hasta hacerse obedecer del rayo; el hombre, digo, este hombre tan grande, esta obra superior de las manos de Dios, está llena de defectos. Su entendimiento, destinado á conducirlo al conocimiento de la verdad, le envuelve en mil errores y absurdos; su voluntad, que le ha sido dada para que escoja el bien, se mira como arrastrada al mal por una propension que le es innata; su corazon, que solo en Dios puede hallar descanso, es víctima de mil pasiones á cual mas funestas; en una palabra, todo en el hombre es ignorancia, miseria, dolor y desgracia, tan luego como sale á la luz de este mundo.

Una obra tan excelente y al mismo tiempo tan defectuosa, no puede haber salido así de la mano del Criador. Siendo todo desórden en el hombre, no ha podido éste salir como es hoy de las manos de Dios, que es todo órden; hemos de creer, pues, que la obra divina ha sido violentamente cambiada y que ha decaido de su estado primitivo. Pero ¿quién ha obrado este cambio? quién ha introducido en el hombre este desórden? Vosotros lo sabeis muy bien; fué una contravencion á las órdenes expresas del Omnipotente; una transgresion de la voluntad divina; mas claro, un acto de propia voluntad. El Señor habia colocado á nuestros primeros padres en un lugar de delicias, en donde gozaban de todo lo que podia hacerles verdadera y positivamente felices. Nada les faltaba de cuanto el corazon humano es capaz de ansiar; solo un fruto, que era el de la ciencia del bien y del mal, les estaba prohibido, y no podian comer de él sin incurrir en la animadversion divina; pues el Señor les habia dicho terminantemente: «en el dia que comiereis de ese fruto morireis.» Tal era la voluntad de Dios, manifestada de una manera terminante; empero, el enemigo comun de Dios y del hombre, insinuándose en el corazon de la mujer, hizo nacer en él un afecto desordenado, un deseo funesto de hacer su propia voluntad; y, en efecto, la hizo, alargando su mano al frondoso árbol y gustando su fruto. No contenta con haber obrado contra el mandato de Dios, obligó en cierto modo á su esposo á participar de su pecado; y ambos con el fruto prohibido comieron la degradacion, la miseria y todas esas desdichas que nos han trasmitido. ¡Tristes resultados de un acto de propia voluntad!

Persuadido el demonio de que mientras los hombres renuncien á sí mismos, á sus pasiones, á su voluntad, serán inútiles cuantos esfuerzos haga para perderlos, trabaja de continuo en inspirarles un desmedido orgullo; se esfuerza á persuadirles que, siendo libres, no deben sufrir la menor resistencia sus deseos; y que es un baldon tolerar que nadie domine su voluntad; y de este modo logra que unos seres miserables se alcen alevosamente contra su Criador y quebranten sus preceptos. Y de aquí; cuántos males, cuántos infortunios, cuántas calamidades se originan en el mundo!

Es preciso, pues, que el sacerdote, en cumplimiento de su ministerio, levante su voz contra la propia voluntad; é inculque á los fieles la abnegacion. Esta es la primera virtud que Jesucristo exige de todos sus discípulos; por eso voy á demostraros, que la abnegacion nos es absolutamente necesaria. ¡Plegue al Señor que lo haga cual cumple á mi deber y del modo mas fructuoso para vuestras almas! Pidámoslo por la intercesion de la Virgen Santísima: A. M.

1. Todos los siglos han admirado esta sublime palabra de Dios criador: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.» *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* GEN. 1, 26. El hombre, por consiguiente, fué creado en un estado perfecto, que llamamos de la inocencia. El pecado destruyó nuestra perfeccion primitiva, y, ademas, abrió profundas llagas en nuestra naturaleza. El hombre, á consecuencia del pecado, es un enfermo, que solo puede ser curado con remedios enérgicos. Vino el médico celestial, vino Jesucristo para aplicar el mas eficaz remedio á las llagas de nuestra degradada naturaleza. ¿Y sabeis que es lo primero que nos prescribe? La abnegacion. Subia el Salvador á Jerusalem, y por el camino explicaba á sus discípulos lo que en aquella ciudad habia de sucederle. «Nosotros, les dijo, vamos, como veis, á Jerusalem, dónde el Hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas y ancianos, que le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles: y le escarneerán, y le escupirán, y le azotarán, y le quitarán la vida, y al tercer dia resucitará. MARC. x, 33.» Pedro, tomando á Jesús aparte, trató de disuadirselo: «¡Ah Señor! exclamó, de ningun modo: no, no ha de verificarse esto en tí.» Pero Jesús vuelto á él le dijo: «Quitateme de delante, Satanás, que me escandalizas; porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios, sino de las de los hombres. ΜΑΤΗ. xvi, 22.» Jesús reprende con tanta severidad á Pedro, á quien acababa de escojer para Cabeza de los apóstoles y Vicario

suyo en la tierra, porque trataba de apartarle del sacrificio, del acto mas sublime de abnegacion. Y luego añadió: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo. *IBD.*» ¿Qué significa negarse á sí mismo? Renunciar á su propia voluntad, para cumplir la voluntad de Dios. Negacion, pues, de la propia voluntad, ó sea, abnegacion; ved ahí lo primero que Jesucristo exige de todos sus discípulos.

¿Y sabeis por qué nos pide la renuncia de nuestra propia voluntad? Por que nos separa de él, haciéndonos contravenir á sus preceptos. La voluntad humana es la emponzoñada raiz de donde brotan todos los males, y la gran destructora de todas las virtudes. La propia voluntad es el foco de los malos pensamientos, de los deseos impuros, de los afectos desordenados, y de cuántos males conducen á la criatura á su eterna infelicidad. Cese de reinar la propia voluntad, decia san Bernardo, y no habrá infierno. El demonio, dice san Agustin, se hizo tal por su propia voluntad. Ella fué la que precipitó á Luzbel desde la cumbre del empireo, y le convirtió de ángel de luz en ángel de tinieblas; por cuyo motivo podríamos llamarla, en su verdadero sentido, la madre del demonio; pues que éste no hubiera existido, si aquélla no le hubiese sugerido el loco designio de rebelarse contra Dios.

El enemigo de nuestra salvacion, persuadido por su propia experiencia de los males que causa la propia voluntad, sirvese de ella como de un instrumento el mas á propósito, y de una arma la mas poderosa para perdernos. Empero, ¿seríamos nosotros bastante insensatos para adherirnos á nuestra depravada voluntad? ¿Nos atreveríamos á someter á ella nuestro eterno porvenir? ¿Qué diríamos de un hombre que confiase su direccion á un sugeto imbécil, fátuo y privado de sentido comun? Diríamos que ese infeliz no podria esperar otra cosa, sino verse sumido en los mas lamentables extravíos. ¿Qué pensaríamos del que se arriesgase al imperio de un brioso corcel sin freno ni cosa alguna, que pudiera contenerle en su impetuosa carrera? Pensaríamos que este desgraciado acabaria por estrellarse contra el primer obstáculo que se le presentase por delante. ¿Qué juzgaríamos del que fiase su existencia á un bajel sin remo, sin vela, ni brújula, ni otro medio alguno de darle direccion? Juzgaríamos que su fin seria quedar sepultado en el abismo. Ahora bien; ¿Puede imaginarse director mas inepto, mas inconstante é imbécil que esa voluntad, que, desde el pecado del primer hombre, lleva consigo el germen de todos los extravíos? ¿Hallareis caballo mas desenfrenado, que esa voluntad que no se contiene ante ningun dique, que huella, cuan-

do bien le place, todas las leyes del deber, y se precipita en la cima de los mas vergonzosos desórdenes? ¿Hay bajel mas frágil que esa voluntad naturalmente inconstante, á quien el mas lijero viento de las pasiones arrastra donde quiera, sin rumbo cierto, contra la que chocan de continuo las impetuosas olas de mil caprichos, que la despedazan y sepultan en lo mas hondo de los vicios? Huyamos, pues, de esta voluntad, si no queremos perecer. «Si un ciego, dice Jesucristo, se mete á guiar á otro ciego, entrambos caen en la hoya. *MATTH. XV, 15.*» ¿Y puede hallarse un guia mas ciego que la propia voluntad? El que confie, pues, á ella su direccion, puede estar seguro de que se extraviará y será víctima de su temeridad.

2. Por esto nos aconseja el Espíritu Santo, que no caminemos en pos de nuestros deseos, y que huyamos de nuestra propia voluntad. *Post concupiscentias tuas nos abeas, et á voluntate tua avertere.* *ECCL. XVIII, 50.* Nuestro guia, nuestra suprema regla debe ser la voluntad de Dios. Desde el instante mismo que nos es conocida, hemos de conformarnos con ella, sin omision alguna, sin la menor excusa. Al primer indicio del querer de Dios, ha de seguir la ejecucion, sin dilacion alguna. ¿No le debemos nuestra existencia? ¿No tiene absoluto dominio sobre nosotros? ¿No nos ha concedido el libre albedrío para que se lo consagrásemos todo entero y lo empleásemos solamente en complacerle? Consegámoselo, pues; nuestra conformidad con su voluntad divina es la principal fuente de nuestra perfeccion y de nuestra felicidad; bien así como nuestra desconformidad con su voluntad suprema es la fuente de todos los pecados que nos cierran las puertas del cielo, y de todas las penas que no nos dejan gozar ni un solo instante de verdadera felicidad en la tierra.

3. En comprobacion de esta verdad, voy á referiros un hecho consignado en las Santas Escrituras. Saul, dócil á la voluntad de Dios, era feliz y dichoso; desde el instante que no se dejó regir por ella, fué un monarca desgraciado. Mandóle el Señor, por medio de Samuel, que destrozase los ejércitos de Amalec, sin perdonar á hombre ni muger, ni siquiera á los muchachos y niños de pecho; y que de sus bienes nada se reservase, sino que lo destruyese todo. Saul, empero, si bien cumplió con el precepto de Dios, exterminando completamente á los Amalecitas, y pasando á cuchillo á todo el pueblo, perdonó, no obstante, á su rey Agag, y reservó los mejores rebaños de ovejas y de vacas, y los carneros, y las mejores ropas, y en general, todo lo bueno. Entónces, habló el Señor á Samuel, y le dijo: «Pésame de haber hecho rey á Saul; porque me ha abandonado y no ha ejecutado mis órdenes.» Fué, pues, el profeta en busca de Saul; en-

contróle en el acto de ofrecer un holocausto de las primicias del botín que había traído de los Amalecitas, y le dijo: ¿Por qué contra la voluntad de Dios has reservado estos despojos de sus enemigos? Yo he obedecido la voz del Señor, contestó Saul, y he pasado á cuchillo los Amalecitas. Verdad es que el pueblo ha separado del despojo ovejas y vacas, como primicias de lo que se debía destruir; pero los ha conservado para inmolarlas al Señor. Replicóle Samuel: ¿Por ventura el Señor no estima mas que los holocaustos y las víctimas, el que se haga su voluntad? La obediencia vale mas que los sacrificios; y el ser dócil importa mas que el ofrecer la grosura de los carneros. Por tanto, ya que tú has desechado la palabra del Señor, el Señor te ha desechado á tí, y no quiere ya que seas Rey. I. REG. XVI. Aquí teneis una prueba luminosa y convincente de lo mucho que desagrada á Dios el adherirse á su propia voluntad. ¡Oh! ¿quién no temblará al ver el castigo de Saul? Si tan indignado se mostró el Señor con él por haber reservado parte del botín, aun cuando lo hiciera con el fin de ofrecerle un sacrificio de alabanza y de acción de gracias; ¿qué no deberíamos temer nosotros, si por hacer nuestra voluntad nos reveláramos contra la suya? No aceptaría ninguno de nuestros sacrificios; y hasta nuestras obras mas buenas y santas, por lo mismo que en ellas dominaría nuestra propia voluntad, serian como si no fuesen, y tal vez convertiríanse en perjudiciales y nocivas para nosotros.

Escuchad la terrible reconvencción que por boca de Isaías dirige Dios al pueblo hebreo. «Clama, dijo el Señor al profeta; clama, no ceses: haz resonar tu voz como una trompeta, y declara á mi pueblo sus maldades, y á la casa de Jacob sus pecados; ya que cada día me requieren como en juicio, y quieren saber mis consejos. Como gente que hubiese vivido justamente, y que no hubiese abandonado la ley de su Dios, así me demandan razón de los juicios ó decretos de mi justicia, y quieren acercarse á Dios. ¿Cómo es que hemos ayunado, dicen al Señor, y tú no has hecho caso? hemos humillado nuestras almas, ¿y te haces el desentendido? Es, responde el Señor, porque en el día mismo de vuestro ayuno haceis vuestra voluntad.» *In die jejunií vestri invenitur voluntas vestra.* ISAI. LVIII, 4 y sig. La misma contestación recibirán indudablemente en el día del juicio algunas personas que pasan por buenas, pero que obran siempre por su propio capricho. En vano clamarán entónces al Señor, viéndole airado: ¿No hemos practicado varias devociones? ¿No nos hemos privado de algunos placeres inocentes? ¿No hemos recibido con alguna frecuencia los santos sacramentos? Pues ¿cómo es que no teneis en cuenta todos

estos actos de virtud? Hemos trabajado inútilmente, y cuando pensábamos recoger el fruto de nuestras buenas obras, no encontramos sino odio, indignación y justicia inflexible. *Quare jejunavimus et non aspexisti?* «No acepto vuestras obras, dirá el Señor; no me son agradables vuestras obras, porque en todas ellas reinó vuestra propia voluntad. Algunas de estas obras eran de suyo buenas y laudables; pero las haciais regidos por vuestro capricho, arrastrados de una propensión á llenar vuestros deseos, y no para complacerme á mí. ¿Hice yo por ventura mi propia voluntad en la tierra? ¿No estuve siempre sumiso á la voluntad de mi Padre celestial? Vosotros debiais imitarme; y, sin embargo, siempre habeis hecho vuestra voluntad, y no la mia. Id, pues, lejos de mí:» *Ecce in die jejunií vestri invenitur voluntas vestra.*

4. ¡Pluguese al cielo, que ninguno de nosotros tuviese motivo para temer tan terrible reconvencción en el día de la cuenta! ¡Ojalá reconociéramos el sublime precio de la abnegación, y las incalculables ventajas que proporciona! Una paz íntima, sólida, permanente y casi siempre deliciosa, aun en medio de las mayores aflicciones, reina en el corazón de los hombres virtuosos, que, renunciando su propia voluntad, se esfuerzan á querer lo mismo que Dios quiere, y á no querer lo que él no quiere. ¿Sabeis que es lo que Dios mas desea, despues de su gloria? Desea nuestra felicidad; y todas las miras de su providencia nos enseñan, con respecto á este punto, que su fin es conciliar estas dos cosas, esto es, su gloria y nuestra dicha, y hacer que vayan juntas. Los medios son infalibles; á nosotros toca dejarle obrar, y resignarnos á lo que, ya directamente, ya mediante las criaturas, nos viene de sus manos. Querer lo que él quiere, es querer nuestra propia felicidad; y aceptar los medios que él nos ofrece, es aceptar el único camino que á ella puede conducirnos. ¿Y es posible, que teniendo á nuestra vista un camino tan llano, tan seguro, tan corto, tan expedito para llegar á la felicidad, nos repugne seguirlo? Direis tal vez: la abnegación es costosa: nuestra conformidad con la voluntad de Dios exige penosos sacrificios. No lo niego; pero precisamente por esto es agradable á Dios y preciosa á sus ojos. ¿Quisiérais acaso que la perfección y la felicidad no os costasen ningún esfuerzo? ¡Qué locura! ¿Está puesto en razón tan vano deseo? ¿cabe dentro la esfera de nuestra condición presente?

Ademas de que, tenemos muy á la mano el medio de hacer suavísima y fácil nuestra abnegación. Nada nos impide emplearlo; antes al contrario, todo nos convida á ello. Entreguemos á Dios nuestra volun-

tad, y supliquémosle nos haga cumplir la suya con la eficacia y dulzura de su gracia. El único impedimento está en nosotros, que queremos ser dueños absolutos de nuestra voluntad para satisfacer nuestros deseos y no querer lo que Dios quiere. ¡Ah! renunciemos á esta pretension funesta, que no es mas que una usurpacion. Reconozcamos, al fin, que Dios nos dió el libre alvedrío para que solamente lo empleásemos en complacerle. Desde el instante que se lo consagremos, el amor nos enseñará, de la misma manera que lo enseñó á los santos, á cifrar nuestra gloria y felicidad terrenas en la sumision á la voluntad divina. ¿Qué nos importará entónces, que la abnegacion nos sea penosa? ¿Qué mayor contento que el poder sufrir algo por Dios? Ya sabemos que el amor vive de sacrificios; cualquiera sacrificio, pues, que debamos hacer á la voluntad divina, lo haremos de buen grado y hasta con placer. Por un lado, con la gracia divina, nuestro valor y nuestra generosidad irán continuamente en aumento; y por otro, la misma gracia allanará las dificultades de tal suerte, que nos parecerá muy hacedero y facil lo que nos parece ahora difícil y costoso; y la voluntad de Dios llegará á ser el alimento de nuestra alma de tal modo, que fuera de esta voluntad, el alma no encuentre vida.

Entremos, pues, dentro de nosotros; examinemos á fondo nuestro corazon, y si hallamos que nuestra propia voluntad se insinua en nuestras obras, hagamos una firme resolucion de sacrificarla. Pidamos á Dios con toda el alma, que para gloria suya y para felicidad nuestra se cumpla en nosotros su voluntad santísima, y que no tengamos de hoy mas voluntad, ni deseo, ni afectos propios. Decid á Dios con toda la efusion de vuestros corazones, lo que Jesucristo decia á su eterno Padre en el huerto de Getsemani: *Padre mio, no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Y podeis añadir con un gran Santo: Recibid, Señor, toda mi libertad y toda mi voluntad. De vos lo hubimos todo; justo es que todo os lo demos: vuestro amor y vuestra gracia me bastan; nada mas he menester en este mundo para disfrutar la verdadera paz del corazon y el gozo de las almas justas, y despues la gloria por eternidades de eternidades.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Post concupiscentias tuas non eas, et à voluntate tua avertere. No te dejes arrastrar de tus pasiones, y refrena tus apetitos. Si *Si præstes animæ tuæ concupis-* satisfaces los antojos de tu alma,

centias ejus, faciet te in gaudium inimicis tuis. ECCLI. XVIII, 30 et 31. ella te hará la risa y fábula de tus enemigos.

Circumcidimini Domino, et auferite præputia cordium vestrorum, viri Juda, et habitatores Jerusalem: ne fortè egrediatur ut ignis indignatio mea, et succendatur, et non sit qui extinguat, propter malitiam cogitationum vestrarum. JEREM. IV, 4.

Si oculus tuus dexter scandilizat te, erue eum, et projice abs te; expedit enim tibi, ut pereat unum membrorum tuorum, quàm totum corpus tuum mittatur in gehennam. MATTH. V, 29.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. IBID. XVI, 24.

Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis. GALAT. VI, 24.

Circuncidaos por amor del Señor, y separad de vuestro corazon las inmundicias, oh vosotros varones de Judá, y moradores de Jerusalem: no sea que se manifieste cual fuego mi enojo, y suceda un incendio, y no haya quien pueda apagarle por causa de la malicia de vuestros designios.

Que si tu ojo derecho es para tí una ocasion de pecar, sácale y arrojale fuera de tí; pues mejor te está el perder uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno.

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su cruz, y sígame.

Los que son de Cristo, tienen crucificada su propia carne con los vicios, y las pasiones.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Ejemplos insignes de abnegacion nos ofrece el patriarca Abraham saliendo de su patria, dejando á sus parientes y amigos para dirigirse á tierras enteramente desconocidas, GEN. XII, 1; y mostrándose dispuesto á sacrificar á su único hijo, sin esperanza de tener otro, solo porque Dios se lo habia mandado. IBID. XXII, 2.

Sublime fué tambien la abnegacion de los Levitas en el desierto, cuando Moisés, rotas las tablas de la ley que habia recibido de Dios, al ver al pueblo entregado á la intemperancia y á la idolatría, exclamó: «El que sea del Señor, júntese conmigo»: y se le reunieron todos los hijos de Levi, á los cuales dijo: «Esto dice el Señor Dios de Israel: ponga cada cual la espada á su lado; pasad y traspasad por medio del campamento desde uno á otro extremo, y cada uno mate aunque sea al hermano, y al amigo y al vecino.» Ejecutose la

orden, y perecieron á sus manos veinte y tres mil personas. Exod. XXXII.

Tambien descuella en la historia sagrada la abnegacion de Ruth, que por no abandonar á su suegra Noemi, salió de su tierra, dejó sus padres, exponiéndose á verse reducida á la miseria. RUTH. I.

Véase tambien la abnegacion de Job en el colmo de su desgracia, expresada con aquellas palabras: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* JOB. I, 21.

No es ménos heroica la abnegacion del anciano Eleázaro y de los siete hermanos Macabeos, que prefirieron el martirio á las falsas promesas del tirano. II. MACHAB. VI ET VII.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Voluntatem dico propiam, quando quod volumus, non ad honorem Dei, non ad utilitatem fratrum, sed propter nosmetipsos facimus. BERNARD. SER. 3, DE RESURRECT.

Ille profecto sanctus est, qui voluntati propriae renuntiavit. JOAN. CLIMAC.

Domine, quid me vis facere? O verbum breve, sed plenum, sed vivum, sed efficax, sed dignum omni acceptatione. S. BERNARDINUS. SER. I DE CONV. S. PAULI.

Optimus minister tuus est, qui non magis inlucetur hoc á te audire, quod ipse voluerit; sed potius hoc velle, quod à te exaudierit. S. AUGUST. 20, CONF. 2, 26.

Non ores ut fiat, quae fieri velis; sed potius ora ut fiat voluntas Dei in me. S. NILO, CAP. 29 DE ORAT.

Equius est ut nos ejus, quam ut ille nostram sequatur voluntatem. Nemo melius ordinat, quid

Hacemos nuestra propia voluntad cuando lo que queremos lo ponemos en práctica, no por la gloria de Dios, ni por el bien de nuestros hermanos, sino por nosotros mismos.

Es verdaderamente santo el que ha renunciado á su propia voluntad.

Señor, ¿qué queréis que haga? O palabra breve, pero llena, pero viva, pero eficaz, y digna de ser muy estimada.

Aquel es buen siervo vuestro, Señor, que no tiene cuenta con si lo que mandais es conforme á su voluntad, sino con querer él lo que vos mandareis.

No pidais á Dios que haga lo que vos quereis, sino pedidle que se haga su voluntad en mí.

Mas razon es, que sigamos nosotros la voluntad y traza de Dios, que él la nuestra. Aquel ordena y

agat, nisi qui paratior est non agere, quod divina potestate prohibetur, quam cupidior agere, quod humana cogitatione meditatur. AGUS. LIB. DE CATHECHIZANDIS RUDIBUS.

traza mejor sus cosas, que está dispuesto y preparado para no hacer lo que Dios no quiere que haga, que el que tiene mucha ansia y apetito de hacer lo que él habia trazado y pensado.

Véase AMOR PROPIO.

ABOMINACION DESOLADORA.

I.

Cum videritis abominationem desolationis... qui legit, intelligat.

Cuando viereis la abominacion desoladora... quien lea esto nótele bien.

(*Matth. xxiv, 15.*)

El corazon se comprime y los cabellos se erizan al leer la historia de la destruccion de Jerusalem, segun la refiere Josefo, historiador judío, nada sóspechoso en esta materia. El tiempo de las gracias se habia concluido para aquel pueblo ciego, y era preciso que empezase el cumplimiento de las profecias. Jamás la venganza divina se ha manifestado mas terrible ni mas visiblemente, que en la destruccion de Jerusalem. Los judíos nunca habian debido sobrellevar tantas penalidades, ni aun en los cautiverios de Egipto, Asiria y Babilonia, como bajo el imperio de Tito y, en general, bajo la dominacion de los romanos. Pero estos males ¿vinieron acaso sobre los judíos, como cae el rayo sobre el infeliz que se siente herido y es víctima á un tiempo? No; muy al contrario. Los judíos habian recibido muchos avisos del cielo para que hicieran penitencia, y permanecieron sordos á todos los avisos y llamamientos. Jesucristo les predicó, obró en su